

CONTINUIDAD CULTURAL DE LATINOAMÉRICA

Complemento del artículo publicado en el Boletín N.º 863,
julio-diciembre 2024

Teniente de Fragata (R) Miguel A. Groube



Es razonable considerar que en temas sociales todo descubrimiento es mutuo, y si los europeos descubrieron a los indios, también es cierto que los indios descubrieron a los europeos y se preguntaron quiénes eran estos hombres blancos de comportamiento brutal con sus armaduras y espadas.

Antes de continuar, entiendo conveniente repasar el concepto de indio/indígena. Esta idea, utilizada constantemente, es difícil de definir tanto en términos científicos como sociales. ¿Es una raza, un sentimiento de pertenencia, una clase social, una clase marginada? Sin duda, la categoría “indio” surge en América con el orden colonial: antes no había indios, sino pueblos diversos con identidades propias. Frente al europeo, indio es el colonizado, el diferente, el que hay que “civilizar” y “evangelizar” para justificar su denominación. La categoría india no hace referencia a la especificidad, a la diversidad. Es una definición supraétnica que englobaba pueblos concretos, sean aztecas, nahuas, tobas o araucanos.

La hazaña de Cristóbal Colón fue mayúscula, ya que, en contra de toda evidencia, apostó a favor de su hipótesis y ganó: si la Tierra es redonda se puede llegar a Oriente navegando hacia Occidente. Se equivocó en su geografía y no fue esta la primera ni la última “desorientación” occidental. Creyéndose en Oriente llamó a nuestras tierras las Indias, pero se encontró con un territorio desprovisto de la riqueza asiática que esperaba y, deseoso de justificar su expedición, la inventó en sus cartas a la reina católica. Junto con la riqueza de la tierra, exaltó también la inteligencia y la mansedumbre de sus habitantes.

Desde Américo Vespucio, quien nos bautizó, le ofrecieron al mundo la idea de América como **Edad de Oro**, sociedad libre, natural e incorrupta. Sin embargo, enseguida Colón negó su propio paraíso recobrado, atacando a los hombres que un minuto antes había descrito como desnudos, desarmados y amistosos. Les dio cacería, los esclavizó y, en muchas ocasiones, los envió encadenados a España. El continente dorado se convirtió así en el continente hostil, pero también en el continente vacío: un continente que para los europeos debía aparecer desprovisto de historia, aunque se esperaba, también, lleno de oro.

En este contexto no podemos dejar de considerar particularmente al pueblo Azteca, el cual ocupaba el Valle Central de México y extendía su influencia en una vasta región de Mesoamérica durante la llegada de los conquistadores españoles (1519). Los rasgos más salientes que revelan el nivel de desarrollo de esta civilización son su notable densidad demográfica y sus realizaciones urbanísticas y arquitectónicas. Se estima que su capital, Tenochtitlán, reunía unos 300.000 habitantes, en la misma época en que la mayor ciudad española, Sevilla, apenas sobrepasaba los 100.000. Contradiciendo otros cálculos, que no tuvieron en cuenta el enorme retroceso demográfico producido por la conquista, las investigaciones de J. F. Cook y W. Borah los condujeron a estimar la población del México precolombino en unas 25.000.000 de personas.

Desde entonces América ha vivido entre el sueño y la realidad: la separación entre la buena sociedad que deseamos y la sociedad imperfecta en la que vivimos. Nos sentimos obligados a mantener la idea de la utopía americana, en primer lugar y desde hace más de 500 años, para compensarle a Europa su propia contradicción entre los ideales humanistas del renacimiento y las realidades de corrupción y conflicto religioso y económico que los asolaban. Y más tarde, a partir del siglo XIX, para convencernos a nosotros mismos de que nuestra historia independiente y republicana también era un capítulo, parte de la historia del desarrollo humano. Ambas persistencias nos han costado caro. Los números pueden ganar, pero la evidencia nos dice que la población descubierta por Colón en el Caribe en 1492 había desaparecido totalmente en 1550.

Los historiadores de la experiencia colonial de América, Bárbara y Stanley Stang, estimaron la población del norte de América Central al iniciarse la conquista en veinticinco millones,

El Teniente de Fragata (R) Miguel A. Groube se graduó de Guardiamarina, Escalafón Naval, en diciembre de 1957.

Prestó servicios en buques de la Armada.

Culminó la carrera de Ingeniero Naval y Mecánico en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires.

Pasó a retiro voluntario en febrero de 1967.

Condujo reparaciones en unidades navales y en flotas privadas.

Ejerció la docencia universitaria como Director Adjunto de la carrera de Ingeniería Naval del Instituto Tecnológico de Buenos Aires (ITBA).

pero en 1605 solo había un millón de habitantes. En los Andes Centrales del Sur, incluyendo el Perú actual, el Alto Perú, Atacama y Titicaca, una población de cerca de seis millones en 1525 había descendido a un millón y medio en 1561. Las razones de este desastre demográfico fueron complejas, acumulativas y brutales: trabajos forzados –la encomienda y la mita–, enfermedades europeas, cuestiones inmunológicas, pero también –es difícil imaginar hasta qué grado– la desesperación cultural.

No son los números lo más importante. Una sola muerte injusta, un solo ser humano esclavizado sirve, como el pájaro enjaulado de William Blake, para desatar el escándalo del cielo. La violencia con que Europa implantó su poder en América –trátese de españoles, portugueses, ingleses o franceses– es apenas el índice estadístico de muertes irreparables: la muerte de grandes civilizaciones americanas que, como se ha demostrado elocuentemente, poseían un sistema educativo, un mundo moral y artístico y una forma de relación humana en continua evolución creadora.

Al lado del poder, del sacrificio humano, del universo místico y guerrero, otras maneras de ser, jóvenes prometedores, entre otros, fueron arrancados de su tallo, aunque no de su raíz, por el descubrimiento y la conquista. Con ello no solo perdió América, sino también Europa, pues al caer las civilizaciones americanas desaparecieron **augurios alternativos** de relación e imaginación que nuestras sociedades, y quizá también las europeas, acaso necesitasen y seguramente necesitarán para darle la cara y el corazón a problemas para los que la modernidad occidental no tiene respuestas adecuadas: la relación con la naturaleza, por ejemplo, y la relación con la muerte. “Todo está caído, regado y perdido para siempre”, dice Bernal Díaz del Castillo, el cronista de la conquista de Centroamérica. En verdad, sí, en un sentido, sí.

Nunca sabremos cuál hubiera sido la evolución propia de las civilizaciones indígenas sin interferencias extrañas. Un destino interrumpido nunca es justo, pero sí lo es que el de la América perdiera su evolución autónoma.

Nunca sabremos cuál hubiera sido la evolución propia de las civilizaciones indígenas sin interferencias extrañas. Tampoco sabremos nunca, es cierto, cuál hubiera sido la de la Iberia de Viriato o la Galicia de Vercingetórix sin la conquista romana, o la de Inglaterra sin la invasión normanda. Un destino interrumpido nunca es justo, pero sí lo es que el de la América perdiera su evolución autónoma. También es cierto que la brutalidad misma de la conquista puso de manifiesto la capacidad para sobrevivir en contra de los peores desastres.

La cultura india de las Américas no pereció, aunque tampoco prevaleció, sino que **sobrevivió** y se convirtió en parte inseparable de lo que varios autores llaman la **contraconquista**: la respuesta local, primero, y africana después, a lo puramente europeo en América.

Se trata de una pureza que duró menos que la primera noche de amor entre un español y una indígena (la relación sexual inmediata distingue a la conquista ibérica de otras colonizaciones de contacto físico repugnante). Mucho se ha hablado del asombro del universo local cuando apareció el desconocido europeo, y sobre todo cuando ese desconocido encarnó el cumplimiento de mitos anunciados. Hernán Cortés desembarcó en Veracruz en el tiempo previsto para el regreso del Dios Quetzalcóatl, la serpiente emplumada, el Dios blanco y barbado.

Pero el asombro es doble. Hay un asombro indígena y también un asombro europeo. Los cronistas de Indias y su imaginación medieval, fabuladora, aunada a su imaginación renacentista, voluntariosa, reflejaban el asombro de Europa en América. “Y otro día por la mañana”, escribe nuevamente Bernal Díaz, “llegamos a la calzada ancha que iba a México y nos quedamos admirados y decíamos que parecía a las cosas y encantamientos que cuentan en el libro del Amadís. Y aún alguno de nuestros soldados decían que si aquello que aquí veíamos no era entre sueños”.

El sueño del conquistador, su asombro, pronto se convirtió en la pesadilla del mundo indígena. De esa cosa de encantamiento que era Tenochtitlán no quedó piedra sobre piedra. El soñador se convirtió en el destructor.

Pero en medio, no olvidemos, también fue el buscador. Complejo de ser, fama y oro, espacio y energía, imaginación y fe. Es decir, **no hay deseo inocente** porque no solo queremos poseer, sino transformar siempre el objeto de nuestro deseo. El descubrimiento desemboca en la conquista. Queremos al mundo para cambiarlo. La melancolía de Bernal Díaz del Castillo es la de un peregrino que encuentra la visión del paraíso y enseguida se ve obligado a destruirla. El asombro se convierte en dolor y él –acaso el primer escritor en este sentido– solo puede salvar ambos mediante la memoria. El asombro de Iberia en América toda es nuestro asombro, pero también nuestro dolor. La asombrosa concomitancia del tiempo español que sacrifica su vocación policultural, cristiana, mora y judía, centro de inclusiones en España, en el instante en que descubre y es descubierto por lo radicalmente otro: la cultura propia de las Américas.

Asombrosa simultaneidad también entre el apogeo y decadencia del Imperio español sobrentendido, excesivo, carente de la inteligencia administrativa que él mismo había exhibido al expulsar de España a judíos y moriscos, y genialmente inspirado, desde el primer momento de su gloria imperial, para compensar las derrotas de la historia con los triunfos de la santidad y del arte del Imperio.

Pero, sobre todo, asombrosa fraternidad entre la muerte de las civilizaciones originarias y el nacimiento de las civilizaciones hispano-americanas. Somos todos nosotros en Iberoamérica los testigos del acto terrible de nuestra propia muerte y renacimientos posteriores inmediatos. Tenemos, ante la mirada del presente, el acto que nos gestó en el pasado.

También son testigos eternos de nuestra propia creación los descendientes de españoles nacidos en América. Saben que la conquista fue un hecho sangriento, cruel, criminal y catastrófico, pero no fue un hecho estéril. Se solía considerar que una catástrofe solo era verdaderamente destructiva si de ella no se desprendía algo que la rescatara, algo que la sobrepasara. Se poseía un pensamiento trágico, no melodramático, y eran conscientes de la necesidad del tiempo para transformar la experiencia en conocimiento. No permanecemos en el desastre simplemente porque nacimos en él. De la catástrofe de la conquista nacimos todos nosotros, los indoamericanos.

Y fuimos inmediatamente mestizos, casi todos hablábamos mayoritariamente español y, creyentes o no, nos criamos en la cultura del catolicismo, pero un catolicismo sincrético, incomprensible sin sus máscaras indias primero y negras después. Somos el rostro de un “Occidente extremo”, como lo ha llamado Alain Rousquier, un extremo Occidente rayado de moro y azteca, y en realidad de judío y de africano, de romano y de griego.

Somos producto de dos culturas de la muerte. De ellas nació una cultura de la vida. Ni utopía ni crimen, solamente la conquista y la colonización fueron algo más: un acontecimiento trágico. Lo importante es que no permanecemos en el desastre porque nacimos de él, y desde el primer momento nos hicimos las preguntas de la identidad: ¿quiénes somos? ¿Cómo se llama este río? ¿Cómo se llamaba antes esta montaña? ¿Quiénes fueron nuestros padres y nuestras madres? ¿Reconocemos a nuestros hermanos? ¿Qué recordamos? ¿Qué deseamos? Y nos hicimos también desde el principio las preguntas de la justicia: ¿a quiénes pertenecen legítimamente estas tierras y sus frutos? ¿Tienen tan pocos tanto y tantos tan poco?

Sobre estas preguntas se construyó la civilización iberoamericana, se edificaron nuestras ciudades y nuestra cultura urbana. Hay un rosario incomparable de verdaderas urbes indoafro-iberoamericanas: San Francisco y Los Ángeles, San Juan de Puerto Rico y La Habana, Cartagena de Indias, Lima, Buenos Aires y Santiago del Nuevo Extremo. Nadie, nunca, sobre territorio tan vasto, ha construido tanto, con tanta energía y en tan poco tiempo como en la América Española. Ciudades con escuelas para jóvenes, escuelas para niños, universidades para edades intermedias, parques y museos, salas de teatro y conciertos, pintores y poetas.

Somos producto de dos culturas de la muerte. De ellas nació una cultura de la vida. Ni utopía ni crimen, solamente la conquista y la colonización fueron algo más: un acontecimiento trágico.

También ciudades con injusticia; ciudades cuya energía, contraste e imaginación han constituido una desesperada compensación de los desaparecidos. Sobre estas preguntas se creó un arte nuestro, inicial, el arte del **Barroco Americano**, refugio del vencido donde el indio primero, y más tarde el negro, encontraron un espacio para sus antiguas creencias y para siempre dejaron su huella en las iglesias y arquitectura civil, los oficios, las artes y las literaturas de un continente donde el barroco fue más que en Europa.

Suele ser respuesta a preguntas esenciales: ¿cuál es nuestro lugar en el mundo? ¿A quién le debemos complicidad y alianza, a nuestros padres europeos o a nuestras madres quechuas, mapuches, araucanas, mayas o aztecas? ¿A quién debemos orarle, a los viejos dioses o a los nuevos? ¿Y qué lengua debemos hablar, la de los conquistadores o la de los conquistados?

Nada expresó mejor la ambigüedad de estas preguntas que el arte del Barroco Americano, arte de la paradoja, arte de la abundancia basada en la necesidad, en la carencia. Arte de la proliferación basada en la inseguridad, que rápidamente fue llenando los vacíos de nuestra historia personal y colectiva después de la conquista, con todo lo que encontró a la mano. El barroco, un arte mudable como la imagen misma del tiempo, espejo en el que pudimos ver nuestra identidad en cambio, en flujo, en mutación constante.

Un arte dominado por el hecho sencillo, aunque imponente, de que estábamos capturados entre el mundo indígena destruido y el mundo africano esclavizado, y un nuevo universo tanto europeo como indígena, africano y, al cabo, americano. Más allá del mundo del imperio, entonces, más allá del poder y del oro, más allá de las guerras de religión y dinastías, un valiente mundo nuevo se estuvo formando en las Américas después de la conquista, con manos y voces americanas desde un principio. Una sociedad nueva, una nueva fe, con su propia lengua, sus propias costumbres, sus propias necesidades. España había de renovar su vocación cultural, que ha consistido siempre en ser centro de incorporación, no de exclusión de cultura. España celta, ibérica, fenicia, griega y romana, cristiana, judía y árabe, y ahora india, negra y americana. Pero, claro está, la cuestión más importante, surgida de la nueva cultura afro-indo-iberoamericana, tuvo que ver con elementos fundamentales de la justicia, y ello también le da a España un carácter singular en la historia de las colonizaciones del Nuevo Mundo. Desde el sermón de Antonio de Montesinos en Santo Domingo durante la Navidad de 1511, “¿No son estos, hombres? ¿No poseen un alma racional?”, hasta la promulgación de la legislación de Indias en 1542, pasando por la campaña de Fray Bartolomé de las Casas, “¿Qué habéis hecho de las Indias?”, continuando con la negación de la humanidad del indio por Ginés de Sepúlveda y su afirmación, por Francisco de Vitoria.

Durante un siglo España fue el único imperio de la época, y el primero de la historia, que debatió consigo mismo acerca de la naturaleza y los errores de su política de colonización. ¿Qué hizo? ¿A quiénes sojuzgó, evangelizó, educó, explotó? ¿Quiénes y qué son estos hombres y mujeres? ¿Son seres humanos y no bestias de carga? Tienen alma, pero ¿también tienen propiedad? Y más aún, ¿hay guerras justas e injustas? ¿Se justifica alguna vez el derecho de conquista? Solo España lo hizo, no lo hicieron las otras potencias coloniales como Inglaterra, Francia, Portugal, Holanda, cuyos crímenes de exterminio y esclavitud son comparables a los de España, pero sin la duda, el debate, el discurso, y a veces, incluso, el humor que le permitió a un Vitoria, desde la cátedra de Salamanca, preguntarle a sus estudiantes españoles: ¿qué habrían pensado ustedes, que habrían hecho ustedes si, en vez de conquistar a los indios americanos, hubieran sido los indios americanos los que conquistaron España y nos trataran a nosotros como nosotros los estamos tratando a ellos? Pues, si Ginés de Sepúlveda acusaba a los indios de canibalismo, Vitoria acusó a los europeos de genocidio, destrucción y guerra injusta.

De este debate, que duró un siglo, nació el concepto moderno del derecho internacional, fundado en la Universidad de los Derechos Humanos que Francisco Suárez, discípulo de

Durante un siglo España fue el único imperio de la época, y el primero de la historia, que debatió consigo mismo acerca de la naturaleza y los errores de su política de colonización. ¿Qué hizo? ¿A quiénes sojuzgó, evangelizó, educó, explotó? ¿Quiénes y qué son estos hombres y mujeres?

Vitoria, hizo explícito al situar el origen de toda autoridad en el pueblo, siendo, por ello, todo pueblo legalmente invulnerable a la conquista por otros. Están en América, de esta manera, universalizadas las ideas de los derechos humanos. Y la legalidad, con todas sus imperfecciones, es una práctica superior a la utopía, de un lado, o el crimen, del otro, que sin embargo continuaron sus largas existencias en el Nuevo Mundo. La protección legal de la corona a los pueblos del vasto interior agrario de América fue sin duda insuficiente. El cacique llenó los vacíos de poder local y la encomienda fue perfeccionada, de hecho, por el peonaje por deuda, es decir, la hacienda, el fundo; pero también se puede alegar que más derecho tuvieron las comunidades campesinas sobre sus aguas, sus bosques y sus tierras durante el régimen colonial que durante el régimen independiente. La identificación del liberalismo económico con el progreso y de la cultura indígena y agraria con la barbarie –idea compartida por Marx, Sarmiento, Roca, etc.– motivó a nuestros gobiernos republicanos para arrebatarnos a las comunidades sus derechos aborígenes y hasta coloniales.

Despojándolos de la identidad jurídica que poseyeron bajo el régimen colonial, las repúblicas independientes les impusieron los valores del libre mercado a los indios y campesinos indefensos. La teoría era que, en un sistema de libre competencia, rápidamente se convertirían en los verdaderos propietarios y explotadores de sus tierras. En realidad, las haciendas, los fundos y las grandes corporaciones los destruyeron.

Sobre esta injusticia se levantaron las insurrecciones campesinas modernas, que no hicieron sino reclamar los derechos que les había reconocido la corona en la época colonial. Sin embargo, actualmente, la conquista no terminó, sino que se ha transformado en una lucha comercial y financiera.

Nosotros, los iberoamericanos de los siglos anteriores, nos hemos comportado con tanta crueldad hacia el indio como lo hicieron Cortés o Pizarro, y con menos compasión que Las Casas o Vitoria. No me refiero solo a las campañas de exterminio que durante el siglo XIX y principios del XX perpetraron los gobiernos de Argentina, Chile y México contra la población indígena, no solo al desprecio cultural que llevó a escritores como Carlos Bunge a bendecir el alcoholismo, la viruela y la tuberculosis porque gracias a ello se diezaba la población indígena y africana de las Américas; me refiero más bien a la indiferencia diaria, a nuestra opresión por el olvido, a nuestra marginación constante del destino de los pueblos de las Américas.

En este punto, como en casi todos, la reflexión actual debe dirigirse más hacia el futuro que hacia el pasado. Dentro de doscientos años intentaremos preguntarnos: ¿quedará un solo indio vivo en el hemisferio occidental? A nosotros nos corresponde decidir si sabremos respetar los valores de las culturas pasadas, del sentido de la comunidad, de lo sagrado, la memoria, la muerte, la intensidad ritual, la presencia del misterio o la capacidad del auto gobierno, haciendo nuestro, en términos propios, el valor del “otro” que vive entre nosotros. En definitiva, nuestra peculiaridad como pueblo no debe pensarse en términos absolutos. Esta se inserta en una construcción mancomunada de lo latinoamericano, que responde a una múltiple conformación en la que se entrecruzan el contenido aborigen, el ibérico clásico y el europeo-estadounidense moderno.

También nos corresponde decidir si podemos respetar esos valores sin condenarlos al abandono, pero salvándolos de la injusticia. No seremos hombres y mujeres justos si no compartimos la justicia con ellos. Y creo que no llegaremos a ser hombres y mujeres satisfechos si no compartimos el pan con ellos, pues hay poca solidaridad y poco pan en el Nuevo Mundo iberoamericano, más de quinientos años después de Colón. Y esta injusticia, esta insatisfacción nos obliga a preguntarnos: ¿en 2025 tenemos algo que celebrar? La respuesta parecería negativa si observamos desde el Río Bravo (Río Grande) a la Tierra del Fuego, los estragos de la inflación y el desempleo, los índices crecientes de pobreza y enfermedad, lo decreciente del ahorro, la baja productividad, los salarios y las esperanzas. ■

...hay poca solidaridad
y poco pan en el Nuevo
Mundo iberoamericano,
más de quinientos años
después de Colón.

BIBLIOGRAFÍA

- Cook, J. F. y Borah, W. (1963). *The Aboriginal Population of Central México on the eve of the Spanish conquest*. Berkeley: University of California Press.
- Grünberg, G. [Coord.] (1972). *La situación del indígena en América del Sur*. Montevideo: Tierra Nueva.
- Aínsa, F. (1997). El desafío de la identidad múltiple en la sociedad globalizada. *Cuadernos Americanos*, 3(63): 60-78.
- Recondo, G. (1997). *Identidad, integración y creación cultural en América Latina*. Buenos Aires: Ediciones UNESCO/Editorial Belgrano.
- Bonfil Batalla, G. (1984). *Los indios y la antropología en América Latina*. Buenos Aires: Bósqueda.
- Bonfil Batalla, G. [Comp.] (1981). *Utopía y revolución: el pensamiento político contemporáneo de los indios en América Latina*. México: Nueva Imagen.